

el emplazamiento de este templo la *basílica*, y por todo el circuito se repartieran edificios ya religiosos, ya civiles de más ó menos significación, pero labrados seguramente después del siglo vi, según persuaden las reliquias conservadas en la *parroquia de Santa María de la Granada*, ya que otras no han sido descubiertas todavía, siendo en consecuencia lícito el afirmar que desde los días en que penetraron en España los visigodos, la íbera Illípula, convertida en *Elepla*, fué la población de mayor prestigio en lo civil y en lo militar, como lo era en lo religioso, de cuantas existían en la que hubo de ser más tarde la provincia de Huelva.



CAPÍTULO III

La provincia de Huelva, bajo el dominio de los musulmanes:—invasión de la España;—Musa-ben-Nossayr y la conquista de Sevilla;—conquista de Niebla y sumisión del Algarbe;—los yemeníes y los bereberes;—los muzárabes;—los siriacos en el distrito de Niebla;—Niebla en las luchas contra Abd-er-Rahmán I;—los normandos;—Niebla y su distrito en los días de Mohámmad y de Abd-ul-Láh;—Abd-er-Rahmán III;—caída del Califato Cordobés;—fundación del reino independiente de Huelva bajo los Berries;—Reino de Niebla;—Al-Mothadid de Sevilla;—los sevillanos en Niebla;—confederación contra Al-Mothadid.

TAL y no otra era en realidad la situación de la antigua *Illípula*, cuando el triunfo, tan inesperado como sorpren-

dente, no sin legítimo asombro conseguido por las exiguas tropas de Tháriq en los campos jerezanos sobre las huestes acaudilladas por Rodrigo, —decidía para lo futuro de la suerte de la Península Pirenaica. Para aquellos que, con los desatentados hijos de Witiza, habían en las extrañas gentes, dominadoras del Africa, puesto sus esperanzas ambiciosas, —el pánico sembrado en torno suyo por los miserables fugitivos restos del ejército vencido en el *Lago de la Janda*, no era sino promesa lisonjera del cumplimiento de sus afanes ilegítimos, felicitándose de semejante derrota, en virtud de la cual, deshecha con fatal acuerdo la unidad política de España, lograda no hacía mucho por Suinthila, iban á su juicio, y con provecho de optímates y potentados, á reproducirse los tristes azarosos días de los últimos tiempos del Imperio.

Libres quedaban por el pronto en el ducado de la Bética de la presencia de los musulimes, no pocas regiones del Oriente y del Ocaso, persuadido Tháriq de la urgencia de señorear la capital del reino, hacia la cual se dirigía en persona, después de dividir en Écija el contingente de sus soldados en tres cuerpos de ejército; y mientras en tal y tan incomprensible inacción permanecían; mientras llegaban hasta ellas, como terrible amenaza, las nuevas de las conquistas verificadas por los musulmanes en Córdoba, la capital del ducado, en Málaga, en Granada, en la metrópoli de Toledo, en Guadalajara y en las comarcas de Castilla, hasta Segisamón y Amaya probablemente, —movido por la cólera y por la envidia, cruzaba Musa-ben-Nossayr el Estrecho, y desembarcando en Algeciras, ya en Ramadhán del año 93 de la H. (Junio á Julio de 712), evitaba seguir intencionadamente el camino explotado por su lugarteniente Tháriq el precedente año; y allí, guiado por los nobles visigodos que como á auxiliar le acompañaban y le obedecían, tomaba la vuelta de la costa y se hacía no sin resistencia dueño de la fenicia *Assido* ó Medina Sidonia, para apoderarse, por la astucia, de Carmona, sitiar y dominar luego á Sevilla, y continuar al occidente por Fuente de Cantos hasta Mérida, en el distrito lusitánico.

Era Sevilla ciudad de grande importancia; y tanto lo acreditaban la fortaleza de sus muros y propugnáculos, que Musa se vió forzado á detenerse ante ellos y á formalizar el asedio, el cual, con la resolución de defenderse tomada por los sevillanos (1), hubo de prolongarse algunos meses sin éxito para los islamitas y sin esperanza de remedio al cabo para «los buenos caballeros», «los sesudos clérigos», é «los sotiles menestriles» que formaban la población, quienes, dudando de sí propios, tomaban el acuerdo de reunir gentes en los distritos comarcanos de la misma Bética, aún no visitados por los invasores, y volver con ellas para atacar por la espalda á los musulimes, en tanto que los de la ciudad los atacaban por el frente (2). Fué Beja, en Portugal, la población designada para tal objeto; y ejecutado con toda suerte el movimiento convenido por los sevillanos, Musa y los suyos tuvieron á cobardía y feliz augurio la fuga, que por tal la estimaron, de los defensores de Sevilla, con lo cual, apretado el cerco de la ciudad «se la abrió Alláh, y huyeron de ella sus infieles á Medina Bega» (3).

(1) Refiriendo Ar-Razi la conquista de Sevilla, se expresa según la versión castellana en estos términos: «Et hauía en ella (Sevilla) mucha buena gente, et en Sevilla moravan los sesudos clérigos, et los buenos cavalleros, et los sotiles ministriles.» «Et en Sevilla moravan tales tres mill homes, que todo el mundo, si viniera sobre ellos, serian buenos, mientras huviessen las almas en los cuerpos.» «Et quando sopieron que los venian cercar, et sopieron que si en la mano los cojiessen [Musa], que les costaria los cuerpos, et que por otra sentencia non passarian, juramentáronse todos: et ovieron su consejo que se defendiessen.» «Et bastecieron mui bien á Sevilla, et dixeron á cada uno qual puerta guardassen, et á qual havian de estar: et pararon su fazienda tan bien, que maravilla era, et dejáronse estar quedos» (*Mem. sobre la autenticidad de la Crónica del Moro Rásis*, pág. 76; t. VIII de los *Mem. de la R. Acad. de la Hist.*)

(2) «Et un día, quando el alua queria quebrar, armáronse en Sevilla mill homes á cavallo, et tomaron su concejo que fuessen á ferir en la hueste [de Musa], que fiçessen quanto pudiessen, ante que los de la hueste se pudiessen acoger á las armas.» «Et desí, que fuessen á Veja, et allegassen la más gente que pudiessen, tan encubiertamente, que no lo sintiessen los de la hueste [de Musa], et ellos feririan de la una parte de la hueste, et los de la villa de la otra, et que por esta guisa los vencerian» (*Id. id.*).—Los escritores árabes refieren que tomada Sevilla huyeron sus defensores á Beja, en lo cual sigue á aquellos el Arzobispo don Rodrigo.

(3) ABEN-ADHARÍ DE MARRUECOS, *Bayan-ul-Mogrib*, t. II, pág. 16 del texto árabe; 43 de la trad. esp. de Fernández y González.

Confiada la guardia y custodia de Híspalis á no grande guarnición, compuesta de musulmanes y de judíos, Musa, torciendo al Occidente, tomaba luego y según queda indicado, por Fuente de Cantos el camino de Mérida, «donde residían algunos grandes señores de Al-Andálus, y que también tenía monumentos, un puente, alcázares é iglesias que excedían á toda comparación», y tras de apretado cerco y singular resistencia, conquistábala el día primero de Xagual del año siguiente 94 (30 de Junio de 713), mientras que, allegando cuantos recursos encontraron á mano en la sede episcopal de *Elepla* y en Beja, comarcas ambas del Occidente, los sevillanos que antes de la entrada de los musulimes en Sevilla, habían abandonado de concierto la ciudad con tal propósito,—entraban en ella de rebato, favorecidos por los naturales, y dando muerte á ochenta de los mahometanos y á no pocos judíos, seguramente obligaban al resto de la guarnición á huir en dirección de Mérida, donde llenos de espanto los fugitivos, se presentaban ante Musa. Semejante é inesperado suceso, irritando sobre modo al gualí de África, decidíale á enviar con fuerte número de tropas á su hijo Abd-ul-Aziz contra Sevilla, para conquistarla de nuevo, según lo efectuaba, con el encargo, al propio tiempo, de castigar á los cristianos de Elepla, en cumplimiento de lo cual, luego de asegurada la ciudad de Híspalis y de haber dado muerte á muchos de sus habitantes, Abd-ul-Aziz se dirigía hacia el occidente, y estragado aquel feracísimo país, poblado de hermosos y productivos olivares, se apoderaba por último de la ciudad, á despecho de su fortaleza, matando en ella no pocos naturales (1).

No refieren ni las crónicas arábicas ni las cristianas las circunstancias de la conquista de esta última población y de su

(1) En estos mismos términos, poco más ó menos, se expresan el Anónimo de París y los demás escritores árabes, con quienes se muestra conforme el Arzobispo don Rodrigo escribiendo: «Hanc Hispalim quum Muza aliquando obsedisset, Christiani qui inerant, ad villam quae Beia dicitur aufugerunt» (*De Rebus in Hisp. gest.*, lib. III, cap. XXIV).

distrito; mas todo hace presumir, por las consecuencias, que Elepla y cuanto de ella dependía, ni hubieron de ofrecer grave resistencia á Abd-ul-Aziz, ni tardaron mucho tiempo en doblegarse al yugo de la servidumbre, cuando los cristianos de la antigua *Illípula* gozaron, bajo la dominación musulmana, de todos los beneficios concedidos á las poblaciones que se habían á los conquistadores entregado por avenimiento. Por esta causa pues, hubo de subsistir el Obispado Eleplense, y por esta razón, establecidos en aquella comarca occidental de Al-Andálus los árabes yemeníes y los bereberes desde los días de la conquista (1), la población muzárabe y con ella la muladí, más tarde, hubieron de alcanzar notable desarrollo, logrando la primera principalmente, llegar hasta casi los últimos tiempos de los almohades, ya en el siglo XIII de nuestra Era, tomando participación activa con la segunda en los acontecimientos más notables de cuantos agitaron y conmovieron la unidad política del Califato de Córdoba, y de cuantos se suceden hasta la ruina de los almohades en España.

Adjudicada Niebla con todo su distrito al departamento occidental de la Península, en el que se contaba entre otras, con ciudades tan importantes cual lo eran Sevilla, Tarifa, Algeciras, Cádiz, Estepona, Arcos, Jerez, Medinasidonia, Saltis, Silves, Huelva, Calaât-Chábir, Itálica, Carmona, Marchena, Zeneta y Gibrleón, y multitud de alquerías, (2),—todo hace presumir que, conformándose los musulmanes, como con singular acierto ha demostrado el Sr. Fernández-Guerra en nuestros días, con la división eclesiástica hecha de la Península en tiempos anteriores,

(1) AL-YACUBÍ en su *Kitáb-ul-Buldán* así lo manifiesta escribiendo: *Al occidente de Sevilla hay una ciudad llamada Niebla; fué habitada por los árabes primeros que, al tiempo de la invasión del país, vinieron con Tháriq, liberto de Musa-ben-Nossayr Al-Lajmi.*—Yacubí olvida sin embargo que no fué Tháriq sino Abd-ul-Aziz quien conquistó á Niebla, y que sólo en el contingente con que cruzó Musa el estrecho vinieron árabes á España.

(2) XAMS-UD-DIN AD-DIMIXQUÍ, *Cosmographia*, pub. por Meheren, págs. 243 y 244.

la *Illípula* de los romanos y *Elepla* de los visigodos, continuó así en lo religioso como en lo militar y lo político, siendo sufragánea y dependiente de Sevilla (1), ciudad de cuyo término parecía como continuación y complemento (2). Unida á ella, ligada estuvo la suerte de ambas comarcas desde un principio; y así como los habitantes de Niebla no repugnaban auxiliar á los sevillanos en los momentos de la entrada de Musa-ben-Nossayr, así también en los tiempos sucesivos, Niebla y Sevilla, cual hermanas y alguna vez rivales, caminaron á compás en sus días de prosperidades y de duelo. Juntas vieron una y otra sus campañas, tan productivas como hermosas, en manos de árabes y de bereberes; juntas sufrieron las tristes consecuencias de la sublevación de estos últimos, cuando, respondiendo como un eco en Al-Andálus á la voz de sus hermanos de África, vencedores de Coltsum y de sus siriacos, se levantaban amenazadores contra los árabes que los vejaban y los oprimían, y juntas contemplaron con asombro las hordas de Baléch-ben-Bixr cruzar el estrecho y encarnizarse con los berberiscos hasta sujetarlos.

Fué ocasión aquella en la cual, desposeído y muerto por los siriacos el gualí de Al-Andálus Abd-ul-Malik-ben-Cothán en Córdoba,—era después de la muerte desastrosa de Baléch, proclamado para suceder á éste en el gualiato el caudillo siriano Tsaába-ben-Salemá Al-Amelí; había el terror cundido entre los árabes y los bereberes establecidos desde la conquista en los varios distritos de la Península, y que por tal razón llevaban nombre de *beledíes* ó primitivos, y las poblaciones andaluzas se

(1) AL-MACCARI, *Analectas*, t. I, pág. 103 del texto árabe.

(2) Hablando de Sevilla, dice con efecto Xerif Al-Edrisí que los aceites de que hacía aquella ciudad su principal comercio, pues los exportaba á Oriente y Occidente por tierra y por mar, procedían «de un territorio llamado Ax-Xaráf (Aljarafe), cuya extensión es de 40 millas, y que, plantado completamente de olivares y de higueras, se prolonga desde Sevilla á Niebla en una longitud de más de 12 millas», añadiendo que este territorio se llama Ax-Xaráf, porque con efecto va subiendo desde Sevilla en dirección de S. á N. formando una colina de color rojo, extendiéndose los olivares hasta el puente mismo de Niebla (pág. 178 del texto árabe; 215 de la trad. de Dozy y De-Goeje).

hallaban entregadas sin amparo al desconcierto producido en ellas por la presencia enojosa de aquellos extranjeros, que se conducían y obraban por todas partes como verdaderos dueños y señores. Ni había propiedad segura, ni respeto de ninguna especie á las personas; y como se hubiese al fin restablecido el orden en las comarcas africanas, no vacilaban los musulmanes españoles en impetrar el auxilio del gualí de África, que lo era á la sazón Hándhala-ben-Safuán,—solicitando de él que designase para gobernar en Al-Andálus á aquel que les libertase de la situación aflictiva á que los excesos de los siriacos los habían reducido.—Deseando poner término al conflicto de que tan amargamente se querellaban los *beledíes*, Hándhala nombraba gualí de España al kelbita Al-Hosám-ben-Dhirár, apellidado Abú-l-Jaththár, quien, investido con tal carácter, llegaba á la Península en Moharram del año 125 de la Hégira (1); y recibido con grandes esperanzas y no menores muestras de regocijo por los musulmanes españoles, á causa de lo humanitario de su conducta y de la justicia de su proceder en los primeros momentos,—luego de reconocido por Tsaálaba, procedía á satisfacer las quejas de los *beledíes*, con arreglo sin duda alguna á las instrucciones que del Africa traía.

Comprendiendo la necesidad de poner dique, sobre todo, á los excesos de los siriacos, para seguridad de los *beledíes*, y á fin de evitar en lo futuro acontecimientos como los pasados,—determinaba destruir la cohesión que á aquellos les daba fuerza y les hacía superiores, distribuyendo sus varios contingentes en los diversos distritos de la Bética, de suerte que, vigilados de cerca por los *beledíes*, no pudieran en adelante causarles daño alguno, á cuyo efecto, en el reparto general, eran designadas á las dos coras ó comarcas de Niebla y de Sevilla la división de Émeso (2), que parecía ser de las más numerosas. Establecidas

(1) Del 4 de Noviembre al 3 de Diciembre del año 742 de J. C.

(2) IBN-UL-ABBÁR, biografía de Abú-l-Jaththár, publicada por Dozy, *Notices sur quelques manuscrits arabes*, pág. 46.

en el país y heredadas en la tercera parte de lo que producían las tierras de los cristianos (1), las gentes de Émeso, aunque constituyendo por sí agrupación independiente de las de los árabes yemeníes y de los bereberes, de los cuales se distinguían por su lenguaje, por sus costumbres, por su condición y por la forma de su establecimiento, envueltas se veían, sin embargo, con frecuencia en el torbellino de pasiones y de luchas que trabajaron á los musulmanes hasta la proclamación de Abd-er-Rahmán I como señor de todo el Andálus; y mientras con efecto, árabes y bereberes respondían el año 141 de la Hégira (2) á la voz de Yusuf Al-Fehrí levantándose en Mérida, Fuente de Cantos y otros distritos occidentales, contra el Califa,—en odio sin duda á ellos, permanecían los siriacos de Émeso fieles entonces al Príncipe de los musulimes; y como quiera que los rebeldes se dirigiesen amenazadores á Sevilla, uníanse al gualí Abd ul-Malik-ben-Omar-ben-Meruán, que gobernaba aquel distrito, y aunque menores en número, lograban vencer á los rebeldes no lejos de la fortaleza de Almodóvar (3).

No mucho tiempo después, aquella región privilegiada, con la mayor parte del Algarbe, y como Sevilla y Écija, caía en poder del rebelde Hayúa-ben-Mulemás (4), y en 146 (5)—mal avenidos con los Omeyyas,—yemeníes y berberiscos se levantaban en masa contra Abd-er-Rahmán, proclamando la soberanía de los Abbasidas. Era jefe de aquella sublevación, una de las principales que enturbiaron el Califato de Moáwia, cierto Al-Alé-ben-Mogueits Al-Chodzamí, quien, representando los intereses de los citados Abbasidas, cuyas aspiraciones llegaban hasta se-

(1) Dozy, *Recherches sur l'hist. et la litt. d'Esp. pendant le moyen-âge*, t. I, capítulo VII.

(2) Del 14 de Mayo de 758 al 3 del mismo mes de 759.

(3) Así se desprende de la relación hecha en el *Ajbar Machmuá*, pág. 96 del texto árabe; 92 de la trad. esp. del Sr. D. Emilio Lafuente y Alcántara.

(4) ABEN-ADHARÍ DE MARRUECOS, *Bayan-ul-Mogrib*, t. II, pág. 53 del texto árabe; 113 de la trad. esp. de Fernández y González.

(5) Del 21 de Mayo de 763 al 9 del propio mes de 764.

ñorear cuanto fué patrimonio de los Omeyyas por ellos derrocados, había sido investido por el Califa Chaáfar Al-Manzor, con el cargo de gualí de Al-Andálus y traía la misión de reducir á su obediencia la Península. Desembarcando en la jurisdicción de Béja, enarbolaba al frente de los egipcios establecidos en la comarca la negra enseña que el Califa le había con tal propósito confiado (1), y al señuelo, no tardaron los *beledíes* en declararse partidarios suyos; pero, para desgracia, eran batidos y derrotados, y las gentes de Abd-er-Rahmán causaban grande estrago encarnizadas en los yemeníes. Tres años adelante, y apenas pacificada la comarca, como vengador de los yemeníes partidarios de Al-Alé, y cruelmente sacrificados, levantábase en *Lebla*, como de *Elepla* dijeron los musulimes, uno de los jefes de aquella raza, llamado Saíd Al-Yahssobí, conocido por *Al-Matharí* según unos y *Al-Mathré*, como otros leen (2). Era Saíd hom-

(1) *Ajbar-Machmuá*, págs. 101 y 102 del texto árabe; 95 de la trad. esp.—ABEN-ADHARÍ DE MARRUECOS, l. c.—Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, t. I, páginas 365 y siguientes.

(2) El autor anónimo del *Ajbar-Machmuá* refiere el hecho en los siguientes y curiosos términos: «Sublevóse á seguida en Niebla Saíd Al-Yahsobí, conocido por Al-Matharí.» «Se embriagó una noche, y habiéndose hablado delante de él de la matanza de los Yemeníes, secuaces de Al-Alé, ató á su lanza una bandera; por la mañana, disipada la embriaguez, vió aquella bandera atada, y preguntando lo que era, dijéronle que él mismo, irritado con el recuerdo de la matanza de sus compañeros de tribu, la había puesto en aquella forma la noche anterior.» «Entonces dijo:—Desatadla antes de que esto se divulgue;—mas después varió de opinión, y dijo:—No soy para volverme atrás de lo que una vez he pensado.—» «Era hombre esforzado, y mandando emisarios á su tribu, y habiéndose reunido todos, se puso en marcha y llegó á Calaát-Raguaq.» «Apenas el Emír tuvo noticia de esto, tomó el camino y fué á sitiarse.» «Al-Matharí salió á pelear y fué muerto...» (página 105 del texto árabe; 98 de la trad. esp. de Lafuente y Alcántara).—Por su parte, Abén-Adharí de Marruecos escribe: «Y en el año 149 se sublevó Saíd Al-Yahsobí conocido por Al-Mathré (ó Al-Matharí) en la Cora de Lebla, y los yemeníes se le reunieron sus ceñidores vistiendo; después se fué para Ixbilia, y la tomó violentamente, sin hallar medio de resistirla sus gentes, y se aumentó el número de sus soldados, y se fortificó su brazo, y haciéndose su ejército terrible por su bravura, tomó montes y llanuras.» «Caminó contra él el Amir Abd-er-Rahmán con tropas grandes de auxilio, no conocidas en número, hasta llegar á Calaát-Raguaq, donde Al-Mathré fuerte se hizo, atrincherado en su recinto, y le sitió vigorosamente, y le hizo estrechar con energía por sus gentes, hasta que salió ofreciéndose á la pelea con multitud de sus mejores *faraçies* y de los que le eran adictos de aquellos berberies, y duró la guerra entre ellos poco espacio, pues fué muerto Al-

bre valeroso y esforzado, y atento cumplidor de sus palabras; y convocando en aquella ciudad, donde vivía, á sus contribulos los yemenitas, reunía en breve, por habersele incorporado los berberiscos, no exiguo número de tropas, ansiosas de venganza, con las cuales se dirigía desde luego á Sevilla, ciudad que hubo de sorprender violentamente, con grave daño de la tierra. Noticioso de la aproximación del Califa, retrocedía algún tanto; y habiéndose hecho fuerte en el castillo de *Calaât-Raguâq*, enclavado en territorio de la actual provincia de Huelva (1), en una de las salidas que hizo al frente de los suyos, recibió la muerte. Los sublevados eligieron por jefe á Jalifa-ben-Meruán Al-Yahs-sobí; y éste, comprendiendo la inutilidad de la lucha, solicitó y obtuvo para sí y para sus gentes el perdón de Abd-er-Rahmán, á quien se sometieron.

Bien por fallecimiento, ó bien por sustitución, cosa que es difícil de ser conocida,—había reemplazado en el gobierno de Sevilla á Abd-ul-Malik-ben-Omar-ben-Meruán, uno de los más poderosos yemenitas que lucharon con Yusuf Al-Fehrí y contribuyeron al triunfo de Abd-er-Rahmán I, á quien, sin embargo, había querido asesinar después del triunfo (2). Con la victoria

Mathré, y quien le acompañaba peleando» (*Bayán-ul-Mogrib*, t. II, págs. 55 y 56 del texto árabe; 116 y 117 de la trad. esp. de Fernández y González).

(1) El malogrado traductor del *Ajbar Machmuâ*, D. Emilio Lafuente y Alcántara, entiende «que este castillo no puede ser otro que Alcalá de Guadaira,» fundándose para ello en el movimiento ejecutado por Al-Alé al rebelarse contra el Califa (pág. 256); pero aun suponiendo que en este caso especial parezca tener razón, no es comprensible en el de Saíd Al-Yahssobí de Niebla, pues si hubiera adelantado hasta Alcalá de Guadaira, habría tenido en contra suya todo el país que había recorrido, y que con Sevilla quedaba á su izquierda; más natural parece que esta fortaleza se hallase dentro del territorio de la actual provincia de Huelva, como decimos en el texto, pues allí pudo fortificarse y aguardar al Califa, por ser país que favorecía sus intentos, y no tener que temer nada de aquel lado.

(2) Era Abú-Sabbáh Yahya, de la tribu de Yahssób y uno de los jefes yemenitas más importantes del distrito de Sevilla; había sido de los primeros en declararse por Abd-er-Rahmán contra Yusuf Al-Fehrí, y se cuenta que cuando incorporados los yemenitas sevillanos á los de Elbira y Rayya y á los Omeyyas que acompañaban á Moáwia, caminaban en dirección á Córdoba,—llegados á Brenes, donde habitaban los Bahritas, advirtieron que las tres divisiones militares llevaba cada una su bandera y que el príncipe no llevaba ninguna; y tomando aquello á señal

conseguida sobre Al-Matharí, y la sumisión de los yemenies mandados por éste, juzgó el Califa que nada tendría que temer en lo sucesivo de Abú-Sabbáh, que tal era el nombre del gobernador aludido; y aunque por consideración á él, no mostró reparo ni repugnancia alguna en confiar al gobierno de Niebla y de Béja á dos parientes del referido Abú-Sabbáh,—el año 149 memorado le privaba sin causa del gualiato. Irritado por el proceder de Abd-er-Rahmán, Abú-Sabbáh escribió á los yemenitas llamándoles á las armas; y habiendo adquirido el Califa bien pronto «la certidumbre de que la influencia de este jefe era más grande de lo que él supuso», propúsole una entrevista en Córdoba, á lo que accedió de buena fe Abú-Sabbáh, á quien dió en el palacio califal la muerte (1). La rebelión de Xakía ó Sofián-ben-Abd-ul-Guahid, que pertenecía á la tribu bereber de Mequinez, y se pretendía hacer pasar por descendiente de Aly y de Fátima, la hija del Profeta,—conturbando de nuevo la paz

indudable de anarquía, «se presentó Abú-Sabbáh Yahya-ben-Fulano Al-Yahssobí con un turbante y una lanza, que pertenecían á uno de Hadramaut..., y habiendo llamado á uno de los Anssares... cuyo nombre y genealogía consideraron de buen agüero, juraron su bandera en la alquería Colomera, distrito de Tocina, cora de Sevilla» (*Ajbar-Machmuâ*, pág. 84 del texto árabe; 82 de la trad. esp.; —Dozy, *Hist. des musulm. d'Esp.*, t. I, págs. 344 y 345). Al encontrarse en la *al-musara* de Córdoba ambos ejércitos, el de Yusuf y el de Abd-er-Rahmán, como vieran «los yemenies á Ebn-Moáwia sobre un caballo, y á los clientes que se habían apeado y le rodeaban, dijéronse unos á otros: —Este es un mancebo de poca edad; ¿quién nos asegura que no escapará con este caballo y nos abandonará á la muerte?—Apenas llegó á los oídos de Abd-er-Rahmán lo que se murmuraba en torno suyo, llamó á Abú-Sabbáh y le dijo: —No hay en el ejército mula más á propósito para mí que la tuya; este caballo es sobrado inquieto, y no puedo disparar mis flechas desde él, según deseo. Tómale, y dame tu mula, porque quiero montar cabalgadura que sea de todos conocida, si nuestros soldados vuelven la espalda.—La mula había sido torda y ya estaba blanca. Abú-Sabbáh se avergonzó y dijo: —Permanezca el Amir sobre su caballo.—No, por cierto,—le replicó él, y habiendo cabalgado en la mula, se dispararon los temores de los yemenies» (*Ajbar-Machmuâ*, pág. 89 del t. á.; 85 y 86 de la trad. esp.).—Vencida la batalla y posesionado de Córdoba, los yemenies se entregaron al saqueo, y en particular al del palacio de Yusuf; Abd-er-Rahmán los hizo arrojar de allí, con lo cual los yemenies hubieron de enojarse, y Abú-Sabbáh disgustado por estimarle parcial, habló de darle muerte (Obr. citada, pág. 91 del t. á.; 87 de la trad. esp.—Dozy, obr. cit., pág. 354).

(1) *Ajbar-Machmuâ*, págs. 105 y 106 del texto árabe; 98 y 99 de la traducción esp. cit.

por espacio de algunos años, obligaba á Moâwia á combatir con los bereberes; pero habiendo éste logrado después de seis años de guerra sembrar la discordia entre aquellos, Xakía se vió forzado á abandonar á Sontebria, hoy Castro de Santover, en las orillas del Guadiela, para huir hacia el N., con lo cual, «mientras Abd-er-Rahmán marchaba contra él, destruyendo los campos y las poblaciones bereberes que encontraba al paso», la tribu yemenita de Yahssób, que ardía en deseos de vengar la muerte de su poderoso contribulo Abú-Sabbáh, y que veía al Califa alejado en los distritos septentrionales, aprovechando como propicia la ocasión, levantábase en masa en las regiones del Algarbe, guiada por los gualíes de Niebla y Béja, llamado Abd-ul-Gáfir Al-Yahssobí, el de la primera población, y Hayat, al parecer, el de la segunda, y seguida por todos los de su raza, encaminábase á Córdoba, con ánimo de apoderarse de la capital, no sin que los rebeldes fueran reforzados por los berberiscos de aquellas comarcas occidentales, «trabajados hacía tiempo, á lo que parece, por los emisarios» del Fathimita Xakía (1).

No menos afortunado que en los sucesos anteriores, Abd-er-Rahmán, volviendo rápidamente, conseguía apartar á los bereberes de los yemenitas; y cuando trabado el combate, emprendían aquellos la fuga, según tenían concertado con el Califa, huían también éstos desconcertados y despavoridos; «pero no se perdonó á berberisco ni árabe, habiendo sido todos pasados á cuchillo, en tan gran número, que no se ha conocido carnicería, ni aun la de los secuaces de los Abbasíes que fueron derrotados con Abú-l-Alê.» «Hayat pereció, y Abd-ul-Gáfir, que pudo escapar, se embarcó y pasó al Oriente.» (2) «Treinta mil cadáveres quedaron en el campo de batalla, y fueron enterrados en una fosa, que todavía en el siglo x se señalaba» con espanto (3).

(1) Dozy, *Hist. cit.*, t. I, pág. 373.

(2) *Ajbar-Machmuâ*, pág. 108 del texto árabe; 100 de la trad. esp.

(3) Dozy, obr. y tomo cit., pág. 375.

Quebrantada por tantos y tan repetidos golpes la raza yemení establecida en la cora de Niebla, no era fácil ya que pensara en nuevas aventuras por el pronto, principalmente después del éxito funesto y á todas luces desastroso de aquellas que produjeron al fin su postración, ya que no su total aniquilamiento en las comarcas occidentales de Al-Andalus, con el triunfo definitivo alcanzado sobre ella por Abd-er-Rahmán *Ad-Dájl*. Mientras los árabes *beledíes* y los bereberes de la provincia se veían de tal suerte obligados á la inacción, consagrábanse con ahínco al cultivo y mejoramiento de las tierras que les habían sido adjudicadas al tiempo de la conquista (1), sin tomar participación alguna ostensible en los acontecimientos políticos del Califato de Hixém I y de sus sucesores. Viviendo en aquellos campos fertilísimos, que poblaron de alquerías, dejaban á los cristianos muzárabes en la reposada posesión de las ciudades, donde seguían gobernados por sus Condes propios, y dirigidos en lo espiritual por sus Obispos y sus sacerdotes, con tal de que pagasen los impuestos que sobre ellos gravaban, contentos con su estado presente y nada quejosos en lo general de sus conquistadores (2).

Cierto es que, —persuadidos ya de la imposibilidad de recobrar la perdida independencia, y convencidos de que los musul-

(1) Estas tierras eran las de los distritos conquistados á viva fuerza, los bienes de la Iglesia, y los de aquellos que habían huído á las regiones del septentrion; pero como los primeros invasores no conocían los procedimientos de la agricultura, los siervos adscriptos á dichas propiedades continuaron cultivándolas al principio, con la obligación de dar al propietario las cuatro quintas partes de la cosecha.

(2) Durante todo el siglo VIII fueron tan contadas las rebeliones de los cristianos, que no registran las crónicas sino la de los de Béja, añadiendo Dozy al tomar esta noticia de Al-Maccari (t. II, pág. 17) «et encore semble-t-il que ceux-ci (les chrétiens de Béja) ne furent que les instruments d'un chef arabe ambitieux» llamado Oruah-ben-Al-Gualid (*Hist. des musulmans d'Esp.*, t. II, pág. 42). Al-Maccari, con efecto, se expresa en los términos siguientes, aludiendo á los tiempos de Yusuf Al-Fehrí: «Luego se rebeló contra él después de esto en la ciudad de Béja, Orúah-ben-Al-Gualid con los muzárabes (gente de la convenida) y otras gentes, y se apoderó de Sevilla», etc.